

EL MAPA DEL CIELO

UNA NOVELA DE

FÉLIX J. PALMA



En el caluroso verano de 1835, un hombre hizo soñar al mundo revelando que la Luna estaba habitada por unicornios, hombres murciélagos y otros seres fantásticos. Y aunque los telescopios no tardaron en demostrar que aquello no era más que una gran mentira, muchos prefirieron seguir creyendo que en la Luna se almacenaban los sueños que podían hacer más hermosas sus vidas.

Más de sesenta años después, su biznieta Emma Harlow, una huraña muchachita que aunque pretendida por lo más granado de la alta sociedad de Nueva York se considera inmune al amor, está convencida de que solo podría enamorarse de alguien capaz de engañar al mundo como lo hizo su bisabuelo. Por eso exige a su más infatigable pretendiente, el millonario Montgomery Gilmore, un regalo muy especial para casarse con él: que haga creer al mundo que Marte está habitado, que reproduzca la invasión marciana descrita en *La guerra de los mundos*, la novela de H. G. Wells. Pero para Gilmore no hay nada imposible. Y los marcianos invadirán la Tierra, aunque esta vez sea por amor. ¿Qué ocurre cuando los sueños se convierten en pesadillas? ¿Tenemos que dejar de soñar?

Sumérjanse en las páginas de nuestra historia, intrépidos lectores, y descubran qué es más fácil: sobrevivir a una invasión marciana o conquistar el corazón de una dama que no cree en el amor.

*Para M. J., al fin
y para Alex, que escribió
la última palabra de esta historia*

«En la escala de lo cósmico, solo lo fantástico tiene posibilidades de ser verdadero».

TEILHARD DE CHARDIN

«Es vana y ridícula presunción desdeñar y condenar como falso lo que no nos parece cierto».

MONTAIGNE

«—¿Qué es lo que sabe sobre Marte? —preguntó Gúsev—. ¿Habitan allí personas o monstruos?».

ALEXÉI TOLSTÓI,

Aelita

PRIMERA PARTE

¡Adelante, apreciado lector, adéntrate sin miedo en las páginas de nuestro folletín, donde encontrarás increíbles aventuras que pondrán a prueba tu corazón y quizá también tu cordura!

Si crees que nuestro planeta gira en el vasto universo sin nada que temer, ahora descubrirás que el terror más inconcebible puede llegar desde las estrellas.

Aunque mi deber es advertirte, valiente lector, que aquí enfrentarás una clase de horror que quizá tu cándida alma nunca sospechó que Dios pudiera engendrar.

Si esta historia no despierta en ti grandes emociones, te devolvemos los cinco centavos para que los emplees en algo más emocionante... si lo encuentras.

—¿Qué crees que es esa cosa, Peters? —preguntó entonces otro de los marineros, el tal Carson, como si en aquella situación el indio fuera una autoridad mayor que el propio capitán.

El mestizo guardó unos segundos de silencio antes de responder, como si estuviese considerando si sus compañeros estaban preparados para la revelación de la que iba a hacerles partícipes.

—Un demonio —dijo en tono sombrío—. Y ha venido de las estrellas.

1

A Herbert George Wells le hubiese gustado vivir en un mundo más justo y respetuoso, un mundo en el que existiera una especie de moral artística que prohibiese explotar las ideas de otro en beneficio de uno mismo, y donde a los desalmados que se atreviesen a hacerlo se les secara de golpe su presumible talento, condenándoles a ganarse la vida a la ingrata manera de los hombres corrientes. Pero por desgracia el mundo que habitaba no era así. En el mundo que habitaba todo estaba permitido, o al menos eso pensaba Wells, y no sin razón, pues apenas unos meses después de publicar *La guerra de los mundos*, un escritor-zuelo estadounidense llamado Garrett P. Serviss había tenido la desfachatez de escribir su continuación sin ni siquiera avisarle de tal cosa, e incluso creyendo que aquello no iba sino a agradarle.

Ese era el motivo por el cual aquel caluroso mediodía de junio el escritor que firmaba sus obras como H. G. Wells caminaba algo ensimismado por las calles de Londres, la metrópoli más grande y orgullosa del planeta en aquel momento. Atravesaba el Soho en dirección a la taberna La Corona y el Ancla, donde el tal Serviss, que estaba de visita en Inglaterra, lo había invitado a almorzar con la ingenua ilusión de que, alentados por la cerveza y la buena mesa, sus espíritus pudieran confraternizar hasta el punto que él consideraba obligado. Pero si todo salía bien, la comida no iba a transcurrir como el cándido Serviss esperaba, pues Wells tenía planes muy distintos, y estos nada tenían que ver con la comunión entre iguales que pretendía el estadouniden-

se. Y no es que Wells tuviera intención de convertir en un consejo de guerra lo que podía resultar una agradable comida porque considerase su novela como una obra maestra cuyas virtudes quedarían inevitablemente mancilladas si alguien pergeñaba una segunda parte. No, lo que el escritor realmente temía era que otro pudiera rentabilizar una idea suya mejor que él mismo. Esa posibilidad le removía por dentro produciendo toda suerte de marejadas en el apacible estanque con el que le gustaba comparar su alma.

A decir verdad, *La guerra de los mundos* se le antojaba, como todas sus novelas anteriores, una obra insatisfactoria que nuevamente había errado en sus propósitos. Narraba cómo la Tierra era conquistada por los marcianos, quienes poseían una tecnología muy superior a la humana, y lo hacía imitando el verismo con el que *sir* George Chesney había impregnado su novela *La batalla de Dorking*, donde, sin escatimar detalles truculentos, relataba una supuesta invasión de Inglaterra por parte de los alemanes. Sirviéndose de un realismo similar, sustentado por los arbotantes de unas descripciones tan pormenorizadas como espeluznantes, Wells había narrado la destrucción de Londres, que los marcianos llevaban a cabo sin el menor esfuerzo ni atisbo de misericordia, como si los humanos no merecieran más respeto que las cucarachas. En cuestión de días, nuestros vecinos espaciales habían pisoteado los valores y la autoestima de los terráqueos exhibiendo el mismo desdén que los británicos mostraban por los indígenas. Se habían hecho con el dominio del planeta, esclavizando a su población y convirtiendo la Tierra en algo parecido a un balneario para marcianos de élite. Nada había podido detenerlos. Absolutamente nada. Con aquella oscura fábula, Wells había pretendido lanzar una demoledora crítica contra el desmesurado espíritu imperialista británico, que aborrecía hasta la náusea. Pero el hecho de que se creyera que Marte estaba habitado —con los nuevos y avanzados telescopios, como el del italiano Giovanni Schiaparelli, se había descu-

bierto que unas líneas atravesaban su roja superficie, y algunos astrónomos se habían apresurado a asegurar, como si hubieran paseado por allí, que eran canales construidos por una civilización inteligente— había inoculado en la población el miedo a una invasión marciana como la que se describía en la novela, lo cual acaparó toda la atención del lector, distrayéndole de sus verdaderas intenciones. A Wells, aquella reacción no le sorprendió demasiado, todo hay que decirlo, pues ya le había sucedido algo parecido con *La máquina del tiempo*, en la que el estúpido artefacto al que aludía el título había eclipsado el ataque a la sociedad clasista de la época que escondía sus páginas.

Y ahora el tal Serviss, quien al parecer gozaba de cierta reputación como periodista de divulgación científica en su país, había publicado su continuación: *Edison conquista Marte*. ¿Y qué contaba Serviss en esa obra? Su título no engañaba a nadie: la novelita la protagonizaba el mismísimo Thomas Edison, cuyos innumerables inventos le habían convertido en una suerte de héroe para los estadounidenses, y en el cargante personaje principal de toda suerte de novelas. En la «continuación» de *La guerra de los mundos*, el inefable Edison inventaba una poderosa arma de rayos y, con el apoyo de todas las naciones del mundo, construía una flota de naves dotadas de propulsión antigravitatoria, que enfilaban hacia Marte impulsadas por el afán de venganza. Aquel era su argumento, ni más ni menos.

Cuando Serviss le envió su novela, acompañada de una carta en la que elogiaba sus obras con una vehemencia tan grotesca que le produjo arcadas, y casi exigiéndole, entre rodeos y circunloquios varios, que bendijera aquella secuela, Wells ni siquiera le respondió. Ni a aquella ni a la media docena de cartas que le envió después, en las que seguía buscando infatigablemente su aprobación e incluso se atrevía a proponerle, apoyándose en la afinidad y en los intereses comunes que creía percibir entre sus obras, que escribiesen alguna novela juntos. Y no le contestó porque, tras

leer su novela, Wells solo había sentido una mezcla de cólera y asco. Aquella obra, tan pueril como torpe, era un desvergonzado insulto al resto de los escritores que, como él, se esforzaban en amueblar los escaparates con productos más o menos dignos. Sin embargo, su silencio no detuvo el flujo de cartas; más bien pareció intensificarlo. Pero en la última de ellas, el incombustible Serviss le rogaba que, aprovechando que la semana siguiente viajaría a Londres y permanecería allí unos días, tuviese la amabilidad de aceptar una invitación a almorzar con él, pues nada le haría más feliz que disponer de unas horas para conversar agradablemente con su admirado escritor, al que tantas cosas le unían.

Llegados a ese punto, Wells decidió romper aquel silencio disuasorio, que de nada parecía servir, para aceptar su invitación. Aquella comida se le antojó la oportunidad perfecta para sentarse ante él y revelarle lo que verdaderamente le había parecido su novela. ¿Quería Serviss su opinión? ¿La quería de verdad? Pues se la daría. Vaya si lo haría. Wells podía imaginar cómo transcurriría el almuerzo: se sentaría ante él investido de una impasible serenidad y, con una voz tranquila que no incurriría en la descortesía de dejar traslucir su furia, le diría lo mucho que le había asqueado que su novela la protagonizara aquel Edison idealizado, pues a él el inventor de la lámpara incandescente le parecía un tipo poco de fiar que perfeccionaba sus inventos a costa de terceros, amigo del mal genio y aficionado al diseño de armas mortíferas. Le diría que su novela no era una digna sucesora de la suya se mirara como se mirase, ni por su nula calidad literaria ni por su execrable argumento. Le diría que su mensaje, diametralmente opuesto al de la suya, era más propio de un panfleto patriótico, porque la pueril moraleja que destilaba aquel puñado de aborrecibles páginas podía resumirse en que no era bueno meterse con los humanos, o más exactamente: no era aconsejable molestar al gran Thomas Edison ni a Estados Unidos. Y le reprendería,

además, con el aliciente extra de saber que, tras su desahogo, sería el vilipendiado Serviss quien pagaría la comida.

Tan distraído en sus cavilaciones estaba que, cuando volvió a la realidad, el escritor descubrió que sus pies le habían conducido por Greek Street, que se hallaba fuera de su ruta, y sin poder evitarlo, se encontró ante el viejo teatro clausurado que se alzaba en el número 12. Pero no se dejen engañar por su mueca de asombro: aquello no tenía nada de casual, pues en la vida del escritor todo obedecía a un propósito, nada quedaba al azar o a la espontaneidad de los impulsos. Wells era consciente de que cruzaba por allí, por mucho que intentara culpar a sus inocentes pies, con la intención de tropezarse precisamente con aquel teatro, cuya fachada estudió con algo que solo podría calificarse como una rabia solemne. Y dado que, al contrario que ustedes, conozco a la perfección los motivos por los que se ha detenido aquí, así como los pensamientos que ahora mismo le embargan, puedo calcular sin temor a equivocarme que dicha contemplación le ocupará como mínimo diez minutos, tiempo de sobra para que pueda darles la bienvenida a esta historia. La educación, aparte de la sonrisa y el adulterio, es una de las pocas cosas que nos diferencian de los animales, y quisiera pensar que mi condición, pese a resultar especial, nada tiene que ver con la de las bestias. Considérense pues bienvenidos y dispónganse a escuchar una historia rebotante de emociones tanto para las damas más románticas, que podrán disfrutar con el idilio de la adorable y descreída señorita Harlow, a quien más adelante tendré el gusto de presentarles, como para los caballeros de espíritu más arrojado, que sin duda se estremecerán con las trepidantes y asombrosas aventuras que correrán nuestros personajes, entre los cuales figura el hombrecito con cara de pájaro que ahora contempla el teatro con gravedad. Obsérvenlo pues atentamente. Observen su extraordinaria delgadez, el bigotito rubio con el que intenta imponer una nota más adulta a su añorado rostro, la boca de tra-

zo delicado y sus ojos claros y vivaces, tras los cuales es imposible no percibir el aleteo de una inteligencia tan afilada como poco práctica. A pesar de su aspecto corriente y poco heroico, Wells será el principal protagonista de este relato, cuyo verdadero principio es difícil de precisar, pero que para él —y por supuesto para todos ustedes— comienza en esta tranquila mañana de 1898, una mañana inusualmente luminosa en la que, como pueden ver, nada hace sospechar al escritor que en apenas un par de horas va a realizar un descubrimiento tan increíble y prodigioso que cambiará para siempre su más íntima concepción del mundo.

Pero me dejaré de rodeos para revelarles al fin lo que seguramente llevan preguntándose desde hace varios minutos: ¿Por qué se ha detenido Wells ante ese viejo teatro? ¿Tal vez lamentaba el cierre del local en el que tantas noches había disfrutado de las mejores obras teatrales de su época? Nada de eso. Como irán descubriendo, Wells no era presa fácil para la melancolía. Se había detenido allí porque, un par de años atrás, el viejo teatro había albergado una empresa muy especial, Viajes Temporales Murray. ¿Significan esas sonrisitas que esbozan algunos de ustedes que dicho establecimiento les resulta familiar? Debo confesarles con cierto rubor que nada me complace más, pero he de ser considerado con el resto de mi público, y como aparte de las sonrisitas cómplices también veo muchos alzamientos de cejas, provocados sin duda por el curioso nombre de la empresa, explicaré a los recién llegados que aquel estrambótico local había abierto sus puertas dos años atrás con el fin de hacer realidad el que probablemente es el sueño más ambicioso del hombre: viajar en el tiempo. Un anhelo que el propio Wells, por cierto, había despertado en la sociedad con su primera novela, *La máquina del tiempo*. La oferta de lanzamiento de tan asombrosa empresa consistía en un viaje al futuro, en concreto al 20 de mayo del año 2000, el día en el que tendría lugar la batalla final por el destino del mundo, tal y como reflejaba el cartel

que todavía podía verse en la fachada, y que mostraba al bravo capitán Shackleton enarbolando su espada contra su archienemigo Salomón, el Rey de los Autómatas. Aún quedaba más de un siglo para que se librara aquella memorable batalla, en la que el capitán lograría salvar a la raza humana de la extinción, aunque, gracias a Viajes Temporales Murray, ya había sido presenciada por casi toda Inglaterra. Pese al elevado precio del billete, la gente se había agolpado ante las puertas de la agencia, ansiosa por asistir, como si de una nueva ópera se tratara, a aquel combate que sus pobres existencias mortales no les permitirían ver. Todos menos Wells, el escritor cuya novela había desencadenado todo aquello, que siempre se había negado a viajar al futuro, a pesar de que había recibido innumerables invitaciones del mismísimo Gilliam Murray, el dueño de la empresa, al que los periódicos, con su característica mezcla de oportunismo y falta de imaginación, no habían tardado en apodarar «el Dueño del Tiempo», y cuya intempestiva muerte, ocurrida en la cuarta dimensión, había conmocionado al mundo entero, quizá porque con él había muerto también el secreto de los viajes a través del tiempo. Wells debía de ser el único hombre sobre la faz de la Tierra que no había derramado una lágrima por aquel gordo jactancioso en cuya memoria incluso se había erigido una estatua en una plaza cercana. Allí se le podía ver sonriendo arrogante sobre un pedestal con forma de reloj, con una de sus manazas haciendo cosquillas al aire, como si conjurase algún hechizo, y la otra descansando sobre la cabeza de Eterno, su perro, al que Wells profesaba la misma aversión que a su dueño, no tanto por la maquinales fidelidad que el animal mostraba hacia él, como por el temor hacia los perros que anidaba en él desde que de niño, al cruzar por uno de los caminos de Bromley hacia su casa, uno enorme surgiera de entre los matorrales para morderle en una mano con una determinación tal que incluso creyó que seguía un plan establecido.

Por eso se había detenido allí, porque aquel teatro le recordaba las consecuencias que le había acarreado en el pasado su sinceridad respecto a la opinión que le merecía una novela. Y es que, antes de convertirse en el Dueño del Tiempo, Gilliam Murray era un joven que aspiraba a una metamorfosis algo más modesta: convertirse en escritor. Había sido en aquella época, tres años antes, cuando Wells lo había conocido. El futuro millonario le había solicitado su ayuda para publicar una infumable novela que había escrito, pero Wells se la había negado, diciéndole lo que opinaba de ella con una crudeza tal vez innecesaria, pero a la que no había podido sustraerse. Aquella descarnada sinceridad les convirtió inevitablemente en enemigos, como ya les conté en otra ocasión con todo lujo de detalles, y de todo aquello Wells extrajo una lección: en ciertas situaciones de la vida, era mejor mentir. ¿De qué había servido decirle la verdad a Murray? De nada. Si no lo hubiera hecho las cosas habrían sucedido de un modo muy diferente. ¿Y de qué iba a servirle decírsela a Serviss?, se preguntó ahora. Probablemente también de nada. Era mejor mentir, sin duda. Pero si bien Wells era capaz de mentir en muchos asuntos de la vida sin que le temblara la voz, por desgracia había algo en lo que no podía evitar ser sincero: si una novela no le gustaba, era incapaz de alabarla. El hombre se definía principalmente por sus gustos, y no soportaba la idea de hacerse pasar por alguien con un gusto tan detestable que le gustara *Edison conquista Marte*.

Tras consultar su reloj, el escritor descubrió que no podía malgastar más tiempo ante el teatro. Era casi la hora de su cita, así que echó un último vistazo al edificio y enfiló por Charing Cross Road, dejando atrás el Soho para ir hacia el Strand, en dirección a la taberna donde había quedado citado con Serviss. Se había propuesto hacer esperar al periodista para dejarle claro desde el primer momento el absoluto desprecio que sentía por lo que había hecho, pero si algo detestaba Wells más que mentir sobre sus gustos era

llegar tarde a una cita, pues pensaba ingenuamente que si él acudía puntual a las suyas, por una suerte de equilibrio cósmico, tampoco le harían esperar a él, aunque de momento no había podido demostrar esta teoría: más de una vez había tenido que ejercer de hierático pasmarote en una esquina o de comensal desvalido en la mesa de algún concurrido restaurante. Así pues, Wells cruzó la bulliciosa avenida del Strand, donde parecía arremolinarse todo el ajetreo del universo, imponiendo a sus piernas un vigoroso caminar y enfiló hacia la callejuela de la taberna con un simpático trotecillo. Eso le permitió llegar al lugar de su cita con irreprochable puntualidad, si bien un tanto jadeante.

Dado que desconocía el aspecto de Serviss, el escritor no perdió el tiempo espionando el interior del lugar a través de sus ventanales, como solía ser su costumbre: de ese modo comprobaba si su cita había llegado y, en caso contrario, se escabullía por la calle más cercana para regresar paseando tranquilamente unos minutos después y evitar así tener que esperar dentro del bar, soportando las miradas compasivas de los otros comensales. No obstante, como aquel día su táctica no tenía sentido, Wells entró en la taberna aparentando una mundana resolución, se detuvo en el centro, bien visible para que el tal Serviss pudiera reconocerlo, y paseó una mirada ligeramente inquisitiva por el concurrido local, con la esperanza de que el estadounidense ya hubiese llegado y le librara de tener que vagabundear por la taberna mientras todos lo observaban. Por suerte, casi de inmediato un hombrecito de unos cincuenta años, flaco y estropeado por la vida, alzó el brazo derecho a modo de saludo al tiempo que una sonrisa desteñida le asomaba por debajo del frondoso bigote. Al comprender que debía de tratarse de Serviss, Wells reprimió una mueca de disgusto. Hubiera preferido que su contrincante tuviera un aspecto más amenazador y presuntuoso, que no pudiese despertar sus remordimientos, en vez de aquel aire desvalido, como de buitre mal alimentado. Para espantar la